

**W. Robert LEE (Ed.), *German Industry and German Industrialisation. Essays in German Economic and Business History in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Routledge, London - New York, 1991. 336 pp.**

El lugar que la historia económica alemana ha ocupado desde los años cincuenta en la historiografía internacional ha sido, en el mejor de los casos, marginal. Esto contrasta con el protagonismo que en su día tuvo la Escuela Histórica y, también, con la importancia actual de la economía de la antigua República Federal en el mundo. La principal razón de este hecho parece ser tanto la reticencia de los historiadores a emplear –tal como prescribe la *Nueva Historia Económica*– la teoría económica en los análisis del pasado, como la actitud “neohistoricista” de la mayor parte de los investigadores, muy proclives a buscar en la historia económica razones para los grandes acontecimientos políticos de su país. Es esto lo que explica en los estudios de los últimos decenios tanto la difusión de la tesis del *Sonderweg* (de acuerdo con la cual la peculiar historia política de Alemania en los últimos ciento cincuenta años ha estado determinada por la divergencia que hubo entre un rápido crecimiento económico y unas instituciones sociales y políticas “antiliberales”), como la influencia del modelo del atraso relativo de Gerschenkron (en el que los países que no participaron en la primera ola industrializadora, y que por tanto carecían de un empresariado fuerte, tuvieron que recurrir a otros agentes, como la banca de inversión o el Estado, para llevar a cabo una “rápida industrialización”).

Recientemente, sin embargo, los avances de la investigación sectorial y regional, así como el impacto de la econometría en numerosos economistas-historiadores, han transformado esta situación. La obra que comentamos da cuenta de ello. Su editor, el británico Robert Lee, es bien conocido como demógrafo y como divulgador de la historiografía alemana. El libro es una recopilación de nueve artículos de otros tantos representantes –conspicuos casi todos– de la “historia económica econométrica” alemana: Fremdling, Dumke, Feldenkirchen, Tilly, Kregel, Schaefer, Plumpe, Holtfrerich y Roseman. Haciendo uso explícito de la teoría económica y de técnicas econométricas, en efecto, estos autores revisan tesis tan tradicionales como el peso preponderante del Estado o el papel decisivo de la banca en el desarrollo económico de Alemania; analizan con enfoques o métodos renovadores temas ya estudiados; y presentan además algunos temas de investigación nuevos. Aunque muchos de estos estudios no son concluyentes, o están basados en casos muy concretos que habría que contrastar con futuras investigaciones, vale la pena resumir algunas de sus conclusiones.

Abre el libro un artículo de Lee que es una buena síntesis y evaluación crítica de la obra. Sigue un estudio de Fremdling sobre la relevancia de la política arancelaria prusiana de los

primeros decenios del siglo XIX en la transferencia de tecnología. El estudio revela que el arancel de 1818 protegió y estimuló la modernización de la industria local. Aun así, durante mucho tiempo coexistieron tecnologías distintas. De similar importancia para el desarrollo en el largo plazo de la siderurgia alemana fue la política arancelaria, fuertemente proteccionista, del *Zollverein* a partir de 1844, que estimuló la sustitución de importaciones y permitió a los industriales alemanes competir, con éxito, con la industria británica que les había servido de modelo.

Esto no significa, sin embargo, que la creación de una unión aduanera en 1834 fuera —como ha sostenido la historiografía tradicional— la base del desarrollo industrial de Alemania. El trabajo de Dumke sobre el *Zollverein*, de hecho, cuestiona la pretendida agudeza de la burocracia prusiana y pone de manifiesto que los principales móviles de la unión fueron fiscales, y que respondían en realidad a los intereses de las élites conservadoras que estaban en el poder y a los que no bastaban los ingresos de sus respectivos estados. En su estudio, Dumke afirma además que el *Zollverein* no generó la industrialización rápida de los estados alemanes y que no sirvió para paliar las diferencias socioeconómicas que antes de la fundación existían en Alemania. A la espera de investigaciones incisivas sobre los efectos de la unión aduanera en algunos *Länder*, Dumke afirma que los beneficios estáticos y dinámicos de la misma fueron relativamente pequeños.

Otro de los pilares de la interpretación tradicional ha sido el papel fundamental que la banca mixta alemana desempeñó en la industrialización. Como en otros países relativamente atrasados, en Alemania tuvieron que ser estas instituciones las encargadas de proporcionar capital a la industria, hecho que a la larga fomentó la concentración de la industria y cierta preeminencia de los bancos sobre los consorcios industriales. El artículo de Feldenkirchen acerca de la banca y el crecimiento económico levanta serias dudas sobre la causalidad de este fenómeno en sectores distintos a las industrias pesada y eléctrica. Las investigaciones que se han llevado a cabo recientemente en Alemania sobre empresas químicas o de construcción mecánica importantes revelan, por el contrario, una fuerte tendencia a la autofinanciación. Futuros estudios servirán para delimitar sectorial y geográficamente la influencia de la banca sobre la industria en la Alemania guillermina.

El historiador germano-americano Richard Tilly se ocupa de un tema al que en los últimos años se está dedicando mucha atención: el sector de la vivienda urbana en el proceso de industrialización. Tanto los testimonios coetáneos como los estudios más conocidos de historia social nos dicen que la “cuestión de la vivienda” fue uno de los aspectos más lúgubres de la “rápida” industrialización, pues hubo un déficit constante de viviendas, y por tanto un empeoramiento de las condiciones de éstas, que sólo la intervención pública pudo —parcialmente— paliar. Pero las investigaciones de ciudades concretas demuestran que la situación no fue siempre tan calamitosa, que en algunos casos la calidad de las viviendas mejoró de forma notable y que el principal responsable de esta mejora no fueron las instituciones públicas, sino el mercado de la construcción, dominado por pequeñas y medianas empresas que pudieron hacer buenos negocios.

El lado luminoso del proceso industrializador estuvo representado por los “sectores líderes”, el carbón y el acero, ligados al ferrocarril, y que tuvieron efectos muy positivos en el

crecimiento económico, en especial gracias a la sustitución de importaciones. Pero el estudio econométrico de Krengel que incluye este volumen viene a demostrar, para el caso de la industria del hierro colado entre 1871 y 1913, que los encadenamientos hacia atrás fueron modestos, a pesar del crecimiento notable que experimentó la industria en su conjunto. En contra de los que muchos estudios regionales recientes han revelado, la contribución indirecta (sobre la actividad minera, el transporte y el empleo) fue más importante que la directa. Futuras investigaciones concretas como ésta deberán verificar o refutar la hipótesis de Krengel.

Uno de los temas predilectos de la historiografía ha sido el papel del Estado en la modernización económica de Alemania. El estudio que Schaefer ha llevado a cabo sobre el sector eléctrico en el sur de Alemania le sirve para negar la hegemonía del Estado —y de las grandes empresas “tuteladas”— en las industrias estratégicas. Pues si en Baden, en efecto, el Estado apoyó claramente el proceso de la electrificación, en Baviera no fue así. Además, a pesar de la presencia de grandes consorcios como Siemens en el sector, y de su influencia en la burocracia de Berlín y de los *Länder*, lo que predominó en la Alemania del II Reich fue la pequeña y mediana empresa.

Ello no implica negar la importancia del contexto político en el desarrollo económico. La intervención del Estado alemán fue considerable, y positiva, en ámbitos como la educación y la política arancelaria y de patentes, por ejemplo, aunque sea difícil cuantificar los efectos económicos de este intervencionismo, que estaba además reforzado por el legado del neomercantilismo y por la estrecha relación existente entre el empresariado y la burocracia. Esto, sin embargo, no basta para explicar la política económica alemana como una marcha inexorable hacia el dirigismo nacionalsocialista y seguir sosteniendo la tesis del “primado de la política” en la historia de Alemania. El estudio que Plumpe ha realizado sobre el consorcio químico IG. Farben y la política nazi proporciona argumentos sólidos contra esta interpretación. Pues, aunque el régimen nazi intentó ganarse el favor de los industriales mediante contratos millonarios, pero al servicio del ideal autárquico, el “caso” de IG. Farben pone de manifiesto que el consorcio químico, en realidad, pudo defender sus intereses, supo aprovecharse de las oportunidades que ofrecía el Plan Cuadrienal (con sus presupuestos fantásticos para investigación, por ejemplo) preservando su autonomía en la gestión y llegó a influir en la política económica del Estado nacionalsocialista. La encarnación de tales maniobras fue el propio Karl Krausch, director del consorcio y uno de los artífices del Plan Cuadrienal. IG Farben, como tantas otras grandes empresas, se benefició ampliamente del rearmamento del país bajo la égida del nacionalsocialismo, pero el desarrollo institucional de la empresa siguió respondiendo al cambio tecnológico y a la competencia internacional, más que a los imperativos —esencialmente políticos— del régimen.

El ensayo de Holtfrerich sobre la inflación de los años veinte es un intento de medir los efectos de este fenómeno sobre la industria alemana e internacional. Sus conclusiones son claras: la mayor parte de los industriales alemanes pudo beneficiarse de la “brecha” que creó la inflación, que facilitó la obtención de capitales para la reinversión. La rápida recuperación del sector secundario en Alemania no tardaría en transmitirse al resto de los países industriales, que vivirían los “felices” años veinte hasta el hundimiento de 1929.

El último capítulo del libro está dedicado a las condiciones económicas de la reconstrucción de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial –uno de los períodos que más investigaciones ocupan en los últimos años–. Según la versión tradicional, la reconstrucción se hizo “desde cero”, ya que los aliados habían puesto en marcha una política de desmantelamiento sistemático de la estructura industrial del país. Partiendo de una situación tan adversa, factores tan diversos como la reforma monetaria de 1948, la ayuda del Plan Marshall, la implantación de una economía social de mercado y el espíritu de sacrificio del pueblo alemán (*sic*), harían realidad el milagro en los años cincuenta. Aunque últimamente se han hecho estudios que restablecen una imagen “constructiva” de los aliados ingleses, la investigación que Roseman ha llevado a cabo en el Ruhr contradice también esta versión revisionista, pues demuestra que la administración británica de las minas de carbón de este importante enclave no tuvo nunca un programa de actuación –destrutivo o constructivo– claro, lo que retrasó la recuperación de la economía alemana.

Es indudable que estos nueve estudios constituyen –como afirma el editor en la introducción– una serie importante de correcciones del paradigma tradicional empleado por los historiadores de la industrialización y del crecimiento económico. Pero eso no significa que ni el concepto de “atraso relativo” ni el “primado de la política” hayan sido desterrados de la historiografía alemana. Al lector poco familiarizado con la materia debería advertírsele que, si bien este conjunto de ensayos, de excelente calidad, reflejan tendencias, enfoques, conceptos y métodos nuevos y cada vez más establecidos en Alemania, sus autores se inscriben, casi sin excepción, en una corriente liberal poco representativa del mundo académico de ese país. Por otra parte, las revistas especializadas alemanas ponen de manifiesto que la historia económica sigue unida a la historia social, que es la gran ausente en este volumen. Es previsible, además, que el reciente proceso de “reunificación académica” refuerce las tradiciones de la historiografía alemana, perfectamente compatibles con la investigación sectorial y regional que tantos frutos está dando a la historia económica y empresarial en toda Europa, pero que también pueden empujar a los historiadores germanos, una vez más, al ensimismamiento.

NURIA PUIG